

La historia de Belgrano de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional.

Autor:
Palti, José Elías

Revista:
Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana

2000, vol.21, 75-98



Artículo

LA HISTORIA DE BELGRANO DE MITRE Y LA PROBLEMÁTICA CONCEPCIÓN DE UN PASADO NACIONAL*

ELÍAS JOSÉ PALTÍ**

La producción del romanticismo rioplatense presenta una asimetría notable. Mientras su obra literaria y doctrinaria señala una cima en América Latina, su obra historiográfica resultará sumamente débil y tardía comparada incluso con la de otros países de la región, como Brasil y Chile. Y ésta no sería una carencia menor dentro de la economía discursiva del romanticismo, puesto que la historia no era un registro más dentro del universo de ideas romántico, sino aquel en función del cual se organizaban todos los demás géneros (la novela, el pensamiento político, etc.). La misma denuncia, en definitiva, las dificultades que se presentaron a lo largo del siglo pasado para concebir en nuestro país una idea de la evolución nacional comprendida en términos genealógicos.¹ Sólo la afirmación del orden político haría finalmente imperativo dotar discursivamente al nuevo Estado de bases menos precarias y contingentes que los azares en los campos de batalla durante las gue-

* Trabajo presentado en el Simposio "Representaciones de la Nación" realizado en el contexto de las VII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Neuquén, septiembre de 1999. Quiero agradecer a Alejandro Eujanán sus comentarios a mi presentación, y a los miembros del Seminario del Posgrado de la Universidad de San Andrés. También agradezco a Marcelina, bibliotecaria del Instituto "Dr. E. Ravignani", y a Cristina González Bordón, del Museo Mitre, por haberme facilitado el acceso a las fuentes utilizadas. (Aclaración: en las citas se respeta la ortografía original.)

** Universidad Nacional de Quilmes (UNQ)-Consejo Nacional de Investigación Científicas y Técnicas (CONICET).

¹ Para la *Generación de 1837*, la irrupción de Rosas parecía cuestionar las premisas racionales de toda evolución histórica. Como decía José Rivera Indarte, "El sistema de Rosas es capaz de falsificar los monumentos nacionales y de hacer imposible la historia" (citado por Mitre, "Estudio sobre la vida y escritos de D. José Rivera Indarte", *Obras completas*, Buenos Aires, Edición Ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina, 1942, tomo XII, p. 427). En "Imaginación histórica e identidad nacional en Brasil y Argentina. Un estudio comparativo" (*Revista Iberoamericana*, vol. LXII, núm. 174, 1996, pp. 47-69) analizo más detenidamente, en un enfoque comparativo con lo ocurrido en Brasil, las dificultades halladas por la *Generación de 1837* para la concepción de una "historia nacional".

rras de independencia, y, al mismo tiempo, ofrecería las condiciones epistémicas para concebir una “historia nacional”.²

Como es bien sabido, Mitre es quien resuelve el mencionado desequilibrio en la producción del romanticismo vernáculo. En su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (que tuvo cuatro ediciones sucesivas: en 1856, en 1858-1859, en 1876 y, la final y definitiva, en 1887) articula finalmente una narrativa genealógica, definiendo aquel conjunto de valores y principios que supuestamente identifican a nuestra nacionalidad desde su origen, y presiden y explican toda su evolución subsiguiente. Dicho hallazgo de Mitre, que constituyó un logro intelectual notable puesto que resolvía el problema nada sencillo de la concepción de una historia argentina fundada en la idea de la “preexistencia de la nación”,³ se convirtió, sin embargo, en su mayor desventaja postrera. El mismo serviría de fundamento a la visión del concepto histórico de Mitre como sumamente anodino, en el que su autor no se cuestiona nada, allanando todas las aristas conflictivas de nuestro pasado. En fin, Mitre emergería entonces como el vocero de una imagen compacta y lineal de la historia nacional, que contrasta con la perspectiva desgarrada de Sarmiento, por ejemplo —y también homogénea en el tiempo: el concepto de “preexistencia de nación” plasma-

² Cuando Manuel R. Trelles afirmaba que “la ignorancia de nuestros hechos pasados justifica las infundadas y falsas apreciaciones que se han hecho y se hacen de los sucesos, llegando las aberraciones hasta el extremo de anatematizar nuestra propia raza y la civilización que nos dio la existencia, atribuyéndoles exclusivamente ser la causa de los males que provienen de muy diferentes y variadas circunstancias” (citado por Miguel Ángel Scenna, *Los que escribieron nuestra historia*, Buenos Aires, La Bastilla, 1976, p. 64; no aclara la fuente ni la fecha, pero se entiende que fue escrito a mediados de la década de 1870) expresaba con ello mucho más que un ataque de súbita hispanofilia o tradicionalismo. La progresiva consolidación del Estado nacional había tornado ya decisivamente menos dramáticas las controversias históricas que aún se agitaban. Esto se expresa en la proliferación de revistas históricas. La más antigua que se conoce aparece en 1863, la *Revista Histórica de Buenos Aires*, dirigida por M. Navarro Viola y Vicente G. Quesada. En 1869 Trelles funda la *Revista del Archivo General de Buenos Aires*, y siguió luego una larga serie de la cual la más importante fue la *Revista del Río de la Plata*, dirigida por Vicente F. López, Andrés Lamas y Juan María Gutiérrez.

³ La idea de una *identidad nacional* presupone las de *unidad* (es decir, la existencia de ciertos rasgos comunes que pueden reconocerse por igual en los connacionales de todos los tiempos, regiones y clases sociales) y de *exclusividad* (que tales rasgos distinguen a éstos de los miembros de las demás comunidades nacionales). Una característica adicional es que tal principio nacional particular que identifica a la nacionalidad debía ser, sin embargo, reconocible como universalmente *valioso*, es decir, encarnar valores incontestables que justifiquen por sí su existencia y su defensa ante cualquier posible amenaza interior o exterior. La historia nacional genealógica tendrá, pues, además, un carácter eminentemente *autocelebratorio*. Concebir una historia genealógica no sería sencillo en la América hispánica. Ninguno de aquellos elementos a los que usualmente se apela como base para tales construcciones (lengua, etnicidad, tradiciones) parecía susceptible aquí de llenar las exigencias de *unidad* y *exclusividad* requeridas. En principio, no habría forma de justificar racionalmente (más allá de la pura contingencia de la suerte en el campo de batalla) por qué Bolivia o Paraguay son naciones independientes y no lo son las provincias del litoral argentino, por ejemplo. Menos aún podía tal historia ser celebratoria de tradiciones respecto de las cuales se quiso romper brutalmente y a las que por mucho tiempo se intentó erradicar.

ría tempranamente en su pensamiento, y ya no se modificaría a lo largo de su prolongada trayectoria política e intelectual—.4

Es esta visión del pensamiento histórico de Mitre la que me propongo discutir en este trabajo. Para ello será necesario cruzar sus diversos textos, relacionando su idea de la historia con los cambios que se producen en su pensamiento político y cómo éstos se vinculan, a su vez, con transformaciones ocurridas en el nivel de las prácticas políticas. Dicho cruce permitirá descubrir una figura mucho más compleja, contradictoria y cambiante en sus ideas, acompañando un largo período de convulsiones y profundas transformaciones sociales y políticas (y también plantear la necesidad de reevaluar los modos de hacer y pensar política del período que, hasta muy recientemente considerados como representando sólo una suerte de mero estadio transicional en la realización de un modelo que cristalizaría posteriormente, en 1880, permanecieron por largo tiempo poco estudiados y pobremente comprendidos).5

I

Aquella imagen compacta de la visión historiográfica de Mitre oculta, en realidad, las tensiones que transitan su obra. Las mismas resultan de dos fuentes distintas. En primer lugar, del hecho de que su concepto genealógico de la nación cristaliza, en realidad, tardíamente (sólo aparece formulado en la tercera edición de la *Historia de Belgrano*, de 1876), cuando muchos de los supuestos típicamente románticos sobre los que dicho concepto se sostenía se encontraban ya fuertemente cuestionados. En la segunda mitad de siglo XIX, el clima intelectual se había modificado profundamente, presentando tendencias contrastantes al respecto. Al mismo tiempo que, por un lado, las ideas nacionalistas reciben con el *Risorgimento* un impulso fundamental,

4 Sobre las ideas históricas de Mitre, véase Ángel Acuña, *Mitre historiador*, Buenos Aires, Impr. Coni, 1936; Ricardo Levene, *Las ideas históricas de Mitre*, Buenos Aires, Impr. Coni, 1948; José Luis Romero, "Mitre: un historiador frente al destino nacional", en *Argentina: imágenes y perspectivas*, Buenos Aires, Raigal, 1956; Natalio Botana, *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991, y Tulio Halperin Donghi, "Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina", *Anuario IEHS*, núm. 11, 1996, pp. 57-70.

5 El trabajo fundamental en este proceso de reevaluación es el de Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998. Otros trabajos que siguen esta línea de investigación son los de Alberto Lettieri, "La formación del sistema político moderno. Legitimidad, opinión pública y discurso parlamentario. Argentina 1862-1868", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 1995, y *La República de la Opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*, Buenos Aires, Biblos, 1999, y Ema Cibotti, "Hacer política en Buenos Aires: los italianos en la escena pública porteña 1806-1880", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 1990.

comienza, por el otro, el proceso que culmina en la conferencia famosa dictada por Renán en 1882, “¿Qué es una nación?”, y por el cual se desmontarían las concepciones de las nacionalidades como entidades objetivas. La *Historia de Belgrano* resulta incomprensible fuera del contexto de estas transformaciones (y las ambigüedades y contradicciones que éstas generaron). La obra de Renán, en particular, contiene claves fundamentales para reconstruir el suelo de ideas a partir del cual se concibió dicha obra.

En su reseña del desarrollo de las diversas nacionalidades europeas, Renán mostraba claramente que ninguno de los supuestos factores en que la nacionalidad se basa (como la unidad de lengua, raza, religión, geografía, etc.) puede explicar cómo las naciones se formaron y delimitaron mutuamente. Frente a cualquier criterio que pretendía utilizarse para definir “objetivamente” una nación, Renán encontraba siempre contraejemplos que lo refutaban (es decir, de naciones que albergaban pluralidad de razas, o lenguas; o bien, de razas o lenguas compartidas por naciones que eran, no obstante, claramente diversas entre sí). A fin de constituirse como un todo homogéneo y distinto, toda nación, decía, debió antes ser capaz de rellenar sus fisuras internas y “olvidar” los antagonismos que la dividieron históricamente (“el olvido, y yo diría, el error histórico –aseguraba Renán– son factores esenciales en la creación de una nación, y por ello el progreso de los estudios históricos es con frecuencia peligroso para la nacionalidad”).⁶ Según las interpretaciones tradicionales, éste volvía así a un concepto “subjetivo”, de matriz iluminista, de la nacionalidad. La misma se trataría de una construcción política “artificial”. Estudios más recientes, sin embargo, han discutido este enfoque.

Hace algunos años, Benedict Anderson llamó la atención sobre la peculiar sintaxis de la expresión de Renán cuando afirma la necesidad de “olvidar” para poder constituir una nación. Éste dice que el pueblo francés *doit avoir oublié* (debe haber olvidado) en vez de, como sería más lógico, *doit oublier* (debe olvidar). Y esto es profundamente significativo. Lo que Renán afirma allí es que el olvido es al mismo tiempo una condición para la constitución de una nación (un deber) y la prueba de su existencia como tal (un hecho): la “nación” se constituye a sí misma en el propio acto de “olvidar” sus antagonismos; y, sin embargo, para que haya “olvido” es necesario que exista ya un *sujeto* que “olvide”.⁷ Ernest Renán insistiría en este doble carácter de la nacionalidad.

⁶ Ernest Renán, *¿Qué es una nación?*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957, p. 27.

⁷ Como afirma John Breuilly: “Si se toma el punto de vista de Renán de este modo [como la reafirmación de un puro voluntarismo], el mismo es un sinsentido. La afirmación reiterada de la frase ‘yo soy francés’ es vacua a menos que se la conecte con alguna noción de qué significa ser francés. A su vez, tal significado puede tornarse políticamente significativo sólo si es compartido por un cierto número de personas con una organización efectiva. Es más bien este significado compartido y su organización política las que constituyen una forma de nacionalismo, antes que las elecciones individuales de los franceses” (Breuilly, *Nationalism and the State*, Chicago, The University of Chicago Press, 1985, p. 8).

Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que, a decir verdad, no son más que una sola, constituyen este alma, este principio espiritual. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos, la otra el consentimiento actual, el deseo de vivir en común, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia indivisa que se ha recibido. El hombre, señores, no se improvisa. La nación, como el individuo, es la culminación de un largo pasado de esfuerzos, sacrificios y devoción.⁸

Los componentes objetivos y subjetivos de la nación reenvían uno al otro permanentemente. La imposibilidad de establecer parámetros objetivos para definir la nación lleva a radicar la cuestión en el ámbito de la voluntad subjetiva. Sin embargo, ésta presupone siempre, a su vez, la existencia de formas substantivas objetivas de organización social, las cuales, no obstante, no pueden, como vimos, explicar su propio origen y conformación sin apelar a un elemento subjetivo, y así *ad infinitum*. No es, en última instancia, el supuesto “voluntarismo iluminista” de Renán, sino esta circularidad, esta oscilación entre sujeto y objeto, entre presente y pasado, lo que termina por abrir una primera brecha en el discurso genealógico de la “nación”, revelando las aporías que el mismo contiene.⁹ Como veremos, la narrativa histórica de Mitre replica esta oscilación entre lo “subjetivo” (el “pueblo”) y lo “objetivo” (la “nación”), aunque en éste responderá menos a un proyecto de desmontar las aporías del concepto genealógico de la nacionalidad que a las vacilaciones conceptuales y vaivenes de su trayectoria política e intelectual. Y esto nos conduce a la segunda de las fuentes de tensiones que se observan en su obra.

El segundo aspecto conflictivo que deja su marca en la *Historia de Belgrano* consiste en el hecho de que la confección de la misma se prolongó por más de treinta años llenos de acontecimientos que determinaron profundas transformaciones políticas y sociales. Y el pensamiento histórico de Mitre no permaneció inmovido ante las mismas. De hecho, el texto final de dicha obra guarda aún las huellas de un muy controvertido proceso de elaboración.

⁸ E. Renán, *¿Qué es una nación?*, ob. cit., pp. 39-40.

⁹ Sobre el proceso que lleva al dislocamiento del concepto genealógico de la nacionalidad, véase mi “Introducción”, en E. J. Palti, (comp.), *Nación*, Buenos Aires, Paidós, en prensa. Por otro lado, cabe destacar que la elite argentina estaba particularmente actualizada respecto de las nuevas corrientes de ideas que circulaban en Europa. En este sentido, resulta llamativo, por ejemplo, que ya en los años setenta, muy poco después de su aparición en Francia, V. F. López reseñe en las páginas de la *Revista del Río de la Plata* la obra *Los orígenes de la Francia contemporánea*, de Taine. [Sobre la recepción de Taine en la Argentina, véase Fernando Devoto, “Taine y *Les Origines de la France Contemporaine* en dos historiografías (francesa y argentina) finiseculares”, en Comité Argentino para el Bicentenario de la Revolución Francesa, *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990, pp. 221-246]. En cuanto a las lecturas de Mitre, las palabras de Tulio Halperin Donghi son elocuentes al respecto: “no sólo había leído por ejemplo la *Ucronía* de Renouvier, sino que era capaz de ubicarla con precisión en el marco del renacimiento neokantiano que la había inspirado” (Halperin Donghi, “La historiografía argentina, del Ochenta al Centenario”, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, p. 50).

Su parte mejor conocida es el capítulo I, titulado "Sociabilidad argentina", que es aquel en que Mitre define los principios que habrían guiado nuestra evolución nacional e identifican a la nacionalidad argentina desde su origen (la colonización), recorriéndola claramente dentro del mapa sudamericano. De allí que, tras el derrumbe del orden colonial, su delimitación espontánea respecto de aquellos otros "organismos nacionales" que le eran incompatibles (Bolivia, Paraguay, Chile, etc.) resultaría inevitable, puesto que estaba determinado por las leyes orgánicas de su constitución natural.¹⁰ Éste representa el más acabado de los intentos realizados en nuestro país en el siglo pasado por reunir bajo un mismo principio explicativo los diversos acontecimientos que jalonan el transcurso de la historia nacional. La colonización, la revolución, la anarquía, Rosas, la organización nacional, aparecen todos como momentos que encajan armónicamente y se siguen lógicamente unos de otros. Y es en el primero de ellos, como corresponde al credo romántico, que se definen los rasgos distintivos que habrán de marcar todo el desarrollo posterior.

Mediante una serie de oposiciones Mitre iría revelándonos cómo se fue constituyendo el núcleo primitivo de las formas locales particulares de sociabilidad, cómo el despotismo español se transmutó en estas tierras en el germen fecundo de la libertad.¹¹

¹⁰ Mitre traslada aquí al ámbito de los "organismos nacionales" un concepto de matriz químico-fisiológico que utilizó originariamente para explicar la acción de las masas y su relación con los "grandes hombres". La sociedad era, para Mitre, un flujo movido por el juego de las polaridades que desencadenan las acciones y reacciones de sus componentes. Esta interacción de los agentes individuales y colectivos articula una suerte de fisiología social particular determinada por el sistema espontáneo de sus aversiones y simpatías naturales. Sobre la importancia de la idea de "simpatía" en el pensamiento histórico de Mitre, véase Palti, *El pasado en disputa* (en preparación). El punto aquí es que para comprender acabadamente el pensamiento histórico de Mitre es necesario quebrar las antinomias tradicionales entre "organicismo" y "mecanicismo". Dicha antinomia presupone que el sentido de ambos términos resulta transparente y que su uso ha sido consistente a lo largo del tiempo. Como muestro en otro lado, la noción de "organismo" de hecho sufrió una serie de sucesivas y fundamentales redefiniciones a lo largo del siglo pasado (véase Palti, "The Metaphor of Life. Herder's Philosophy of History and Uneven Developments in the Natural Sciences of His Time", *History and Theory*, vol. XXXVIII, 3, 1999, pp. 322-347). Así, antes de preguntarnos sobre si Mitre sostenía un punto de vista "organicista" de la sociedad debemos interrogarnos sobre qué entendía él por "organismo social".

¹¹ Mientras en el Perú, decía Mitre, la llegada de los españoles generó una sociedad altamente estratificada (reproduciendo y acentuando las pautas sociales tradicionalistas hispánicas), en el Río de la Plata, en cambio, ésta fue perfectamente igualitaria (dada la ausencia de indígenas que pudieran ser sometidos) desde sus comienzos. Mientras allí los colonizadores provinieron de las zonas más atrasadas de España, entre los que aquí se acercaron abundaban los nacidos en "comarcas laboriosas", puertos de mar y grandes ciudades (*Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, p. 24). Finalmente, dentro mismo del que sería el Virreinato del Río de la Plata se distinguen pronto las zonas litorales (en un creciente contacto con las grandes rutas comerciales que las disposiciones monopolistas españolas no pudieron evitar) y las interiores (que se mantuvieron en su afección por los hábitos introducidos con las corrientes colonizadoras provenientes del Perú). En fin, las condiciones naturales del medio, la naturaleza de las poblaciones arribadas y la lejanía de la metrópoli, habrían aquí de dar lugar a un espíritu localista, inspiraciones liberales, y una inclinación por el trabajo personal desconocidos en otras zonas del imperio colonial español.

El resultado será una “democracia rudimental”¹² que encerraba tanto el embrión de la posterior disolución como también las fuerzas cohesivas que prefiguraban sus formas institucionales definitivas cuya realización Mitre creía estar ya vislumbrando.¹³ De esta forma, la historia nacional argentina recuperaba una unidad de sentido dentro de la cual sus distintos períodos forman una trama compacta y homogénea. El hecho revolucionario perdía su carácter disruptivo, marcando sólo un hito en un despliegue unitario. “La revolución argentina –según decía– lejos de ser el resultado de una inspiración personal, de la influencia de un círculo, o de un momento de sorpresa, fue el producto espontáneo de gérmenes por largo tiempo elaborados, y la consecuencia inevitable de la fuerza de las cosas.”¹⁴

Ahora bien, como dijimos, este capítulo es un agregado posterior; sólo aparece en la tercera edición de 1876. Según López, Mitre le roba este concepto (que le provee un contenido “filosófico” a su narrativa) de su propio relato de 1872-1873, lo que será motivo de controversia entre ambos. En todo caso, lo cierto es que dicho capítulo, en contra de lo que afirman las lecturas tradicionales de esta obra, que suelen ver al resto de la misma como una mera ilustración de lo que allí se afirma, no se concilia con ésta. De hecho, contradice muy obviamente su proyecto original (según se plasma en las dos primeras ediciones de 1856 y 1858-1859). El objeto original de la obra era, por el contrario, destacar la efectividad de la acción humana en la determinación de los acontecimientos históricos.¹⁵ Mitre hace esto explícito en el curso de su polémica con Dalmacio Vélez Sarsfield, producida en 1864, en relación con la “desobediencia” de Belgrano, cuando éste se niega a acatar al gobierno porteño que, tras las derrotas sufridas en el Alto Perú, le había ordenado retirarse a Córdoba (y decide enfrentar al enemigo en Tucumán, donde triunfa). Vélez Sarsfield condena esta acción de Belgrano alegando que, de todos modos, como luego se comprobaría, la independencia de las provincias norteñas igual se habría de producir.

¹² “Todos los elementos mancomunados –decía Mitre– y hasta cierto punto ponderados constituyan una naturaleza turbulenta y laboriosa por necesidad, con instintos de independencia individual y de libertad individual” (*Historia de Belgrano...*, ob. cit., p. 24). De esta forma se preanunciaba la revolución. “La colonia y la metrópoli no formaban una sustancia homogénea”, aseguraba Mitre, *ibídem*, p. 63.

¹³ “El espíritu guerrero –decía– promovería disturbios en la colonia naciente”; el “espíritu municipal –por el contrario– encontraría su aplicación en la actividad de la vida colectiva, y la preparación para el trabajo”, *ibídem*, p. 23. Ambas tendencias, latentes durante el período colonial, habrían de desenvolverse una vez conquistada la independencia, signando su lucha nuestro proceso de formación como nación moderna. El primero de ellos (belicista), más elemental y rudimentario, tomaría la delantera. Sólo progresivamente sería desplazado por el espíritu democrático-orgánico más refinado heredado de las instituciones municipales coloniales.

¹⁴ *Historia de Belgrano...*, ob. cit., pp. 278-279.

¹⁵ Más específicamente, Mitre se proponía despejar la “terrible duda” con que muere Florencio Varela, esto es, si los revolucionarios de Mayo actuaron verdaderamente con el objeto de dar la independencia a los argentinos. Mitre intentaba así demostrar cómo se gestó, en las postrimerías del régimen colonial, la idea de independencia. Belgrano, según muestra, habría jugado un papel central en esta gestación.

Mitre no niega esto último; sin embargo, asegura, "su resultado habría sido muy diverso para la nacionalidad".¹⁶ Según afirma:

Bien que la independencia fuese un hecho fatal que tenía que cumplirse, y más tarde se hubiese repuesto de aquel contraste, no puede desconocerse, aun suponiendo como se dice que el ejército invasor no hubiese pasado de Córdoba en aquella ocasión, que las Provincias de Tucumán y Salta se perdían para la Nación, como se perdió el Alto Perú, a pesar de la decisión con que respondió al llamamiento de Buenos Aires, y del propósito en que perseveró por largo tiempo de formar con nosotros un cuerpo de nación. Esto ocurrió porque abandonamos el teatro de guerra por varias ocasiones, entregándolo al enemigo; separando esfuerzos y produciendo así una solución de continuidad que determinó una nueva nacionalidad, no obstante la prodigiosa resistencia de Arenales y otros, de que hablaremos a su tiempo. Toda solución de continuidad de la revolución, ha dado siempre el mismo resultado: en el Paraguay, en la Banda Oriental, como en el Alto Perú.¹⁷

Como vemos, se trata de un concepto opuesto al que formula en el capítulo inicial de la versión de 1876 por el cual su obra va a ser conocida. Según afirma aquí, si Belgrano hubiera acatado la orden del gobierno, la independencia probablemente se habría igualmente producido, pero las provincias del Noroeste argentino hoy formarían parte de Bolivia. La nación argentina, lejos de ser un fatalismo geográfico o natural, aparece así como el resultado contingente de un curso determinado por la serie de sus accidentes. Y es esto precisamente lo que torna relevante al mismo. En definitiva, para Mitre, si la acción de Belgrano fue decisiva, es decir, tuvo una importancia histórica, es porque definió el modo y alcance de la nacionalidad argentina. Fueron sus aciertos militares y, sobre todo, políticos los que determinaron la constitución de la "nueva entidad" llamada pueblo argentino (que no existiría antes de Mayo). Sólo esta percepción hace comprensible y confiere densidad histórica a lo que llama "el drama de Mayo".¹⁸

Lo cierto es que este énfasis en la significación histórica de la acción de los actores, y, por consiguiente, del carácter "construido" de la nacionalidad, dotaba a la misma de un aire de precariedad incompatible ya con las necesidades de un orden que, veinte años más tarde, comenzaba a afirmarse.¹⁹ Y es ese mismo orden el que, como

¹⁶ Mitre, "Estudios Históricos. Belgrano y Güemes", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Edición Ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina, 1942, tomo XI, p. 295.

¹⁷ *Ibidem*, tomo XI, p. 328.

¹⁸ Mitre, *Comprobaciones históricas*, Buenos Aires, La Facultad, 1916, tomo II, p. 196.

¹⁹ Cabe aclarar que el tipo de "nacionalismo" que subyace aquí es aquel que los estudiosos del tema definen como "primer nacionalismo" o "nacionalismo oficial" (véase Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres y Nueva York, Verso, 1991; Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism Since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; John Plamenatz, "Two Types of Nationalism", en Eugene Kamenka (comp.), *The Nature and Evolution of an Idea*, Camberra, Australian University Press, 1973; Shu-Yun Ma, "Nationalism: State Building or State-Destroying", *The Social Science Journal*, vol. XXIX, 1992, pp. 293-306, y Louis Snyder, *The Meaning of Nationalism*, Nueva Brunswick, Rutgers University Press, 1954). Con él refieren a las ideas de construcción simbólica de un sentido de nacionalidad que acompañaron, en el siglo

decíamos, haría al mismo tiempo posible imaginar a la “nacionalidad argentina” como una “entidad objetiva”,²⁰ que existe en sí y por sí, independientemente de la voluntad de sus miembros, y precede incluso a su constitución efectiva como tal (la que sólo vendría a dar forma institucional a una realidad preexistente).²¹ Esto lleva a Mitre a adicionar su famoso capítulo inicial en el que traza la genealogía de la nacionalidad desde sus orígenes remotos, en los que residiría la simiente de toda su evolución posterior y contendrían, por lo tanto, la clave última para comprender su trayectoria efectiva. Éste, sin embargo, como vimos, contradice claramente el proyecto original de la obra (de acuerdo con el mismo, la acción de Belgrano ya no tendría ningún papel en la definición del espacio territorial argentino, y, en definitiva, en la constitución de esta entidad llamada *pueblo argentino*). Así, en la versión final habrían de yuxtaponerse dos diseños contrapuestos.

Esto obliga ya a revisar aquella imagen tradicional de esta obra que tiende a obliterar las tensiones que la recorren. Pero la superposición en su texto final de dos di-

XIX, los procesos de desarrollo de aparatos de Estado moderno y de afirmación de los poderes centralizados. Las ideologías sobre las que se moldearon estas construcciones simbólicas de la nacionalidad seguían necesariamente los parámetros de las visiones genealógicas de la misma. El proceso antes mencionado de deconstrucción de las perspectivas genealógicas de la nacionalidad que se inició en la segunda mitad del siglo XIX fue erróneamente interpretado como un regreso a la idea iluminista de la nación como una suerte de construcción subjetiva. Como vimos, el “subjetivismo” de un Renán cuando afirma que la nación es un “plebiscito diario”, de ningún modo representa un regreso a un concepto iluminista de la misma.

²⁰ Las interpretaciones hoy en boga, teñidas por el así llamado “giro lingüístico” y de orientación decididamente “antigenealógica”, tienden a enfatizar el carácter arbitrario de ideas tales como la de “identidad nacional” en tanto que construcciones intelectuales (“comunidades imaginadas”). “Una comunidad –dice Keith Baker– existe sólo en la medida en que hay algún discurso común por el cual sus miembros pueden constituirse ellos mismos como grupo”. Keith M. Baker, “On the Problem of the Ideological Origins of the French Revolution”, en Dominick LaCapra y Steven Kaplan (comp.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1987, p. 203. Ciertamente, es el propio discurso histórico el que crea la idea de la preexistencia de la nacionalidad sobre la que se funda, que forja en el imaginario colectivo una “conciencia” de la propia “identidad” nacional. Sin embargo, lo dicho constituye sólo una mitad de la verdad. La otra mitad es que una ficción tal como la idea de nación no es algo que surja o se modifique arbitrariamente, como tampoco ninguna otra producción ideológica. El hecho de que la “nación” pueda recortarse y tornarse visible como objeto presupone ciertas condiciones históricas de posibilidad. Parafraseando a Baker, tal “discurso común” sólo existe, a su vez, en la medida en que existe ya una cierta comunidad efectiva entre sus miembros. En este caso, como dijimos anteriormente, la emergencia de un discurso sobre la nacionalidad de las características que estamos analizando (los “nacionalismos oficiales”) supuso y acompañó el proceso de constitución de un determinado tipo de comunidad como es la de los estados nacionales.

²¹ Resulta sintomático al respecto el hecho de que Mitre responda a López, con relación a la acusación de éste de haberle robado el concepto con el que elabora su primer capítulo de la versión de 1876, que el mismo, en el que se condensa la idea de la nacionalidad argentina, lejos de representar un aporte original de López, formaba parte ya del sentido común de los argentinos; “estas nociones que pertenecen ya a la moneda corriente de las ideas en circulación –dice– no se disputan entre los hombres de cierto nivel intelectual”. Su aporte respecto de López, aseguraba, residía en haber trasladado estos principios, que, como decía, ya nadie disputaba, “al terreno de la comprobación y el análisis”, Mitre, *Comprobaciones históricas*, ob. cit., p. 62.

seños contradictorios entre sí revela, sin embargo, algo más que eso. El punto crítico aquí es que tampoco entonces, en 1876, la idea de Mitre de la evolución argentina era tan lineal como ese primer capítulo sugiere. En definitiva, si no logra rearticular retrospectivamente su narrativa, borrando las huellas de los distintos momentos en su proceso de elaboración, se debe a que aún entonces Mitre mantiene una relación problemática respecto de su propia realidad presente. De hecho, éste nunca habría de alinearse plenamente con el nuevo consenso que por esos años se afirma en la elite (hay que recordar que, cuando escribe ese primer capítulo en 1876, Mitre acababa de salir de la cárcel por su participación en la revolución de 1874). Esto se observa más claramente analizando otro de los capítulos, menos conocido, que añade en esa misma edición, y que formará el núcleo de su controversia con Vicente F. López.

La polémica entre Mitre y López (1881-1882) es particularmente ilustrativa respecto de las relaciones entre su pensamiento histórico y su concepto político. Como veremos, las diferencias entre ambos en cuanto a ideas historiográficas se fundan en perspectivas muy distintas respecto de qué significaba, para cada uno, hacer política en un sistema republicano y, en particular, cuál era el lugar y el sentido de la opinión pública en tanto que fundamento de un orden institucional tal. En definitiva, tras sus diferentes aproximaciones históricas subyacen dos *lenguajes políticos* opuestos, cada uno de los cuales conlleva definiciones muy distintas de las categorías políticas fundamentales (“representación”, “soberanía”, “pueblo”, etc.). Y estas perspectivas opuestas traducen, a su vez, percepciones y modos muy distintos de vincularse con aquella serie de transformaciones que se producen por entonces en el nivel de las prácticas políticas. Dichas prácticas proveen, en fin, el marco para comprender la naturaleza y el sentido de su controversia. A fin de comprender ésta debemos antes, pues, analizar brevemente aquéllas.

II

Distintos autores señalaron ya la importancia que tuvo el surgimiento de la prensa periódica en la articulación de la idea republicana moderna, y, en particular, en la definición de una “opinión pública”. La escuela reunida en torno de la obra de François-Xavier Guerra²² recientemente analizó cómo se produjo este fenómeno en el contexto latinoamericano. Repasemos sumariamente el mismo.²³

²² Véase F.-X. Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, MAPFRE / Fondo de Cultura Económica, 1993.

²³ Me baso aquí fundamentalmente en la serie de estudios compilados en F.-X. Guerra y Annick Lemprière (comps.), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998. Para un análisis más detallado de los mismos, véase mi reseña-ensayo sobre dicha obra en *Historia Mexicana* (en prensa).

Como es sabido, en América Latina la prensa periódica surgió en las postrimerías del régimen colonial. Originalmente, la fundación de órganos de prensa seguía la tradición del antiguo régimen de “informar”, esto es, dar a conocer a los súbditos las decisiones de los gobernantes. Dichos órganos cumplieron, incluso, un papel reaccionario. Mediante los mismos, las autoridades coloniales buscaban, en realidad, contrarrestar la acción de otros medios más informales (y democráticos) de transmisión de ideas, como el rumor, el libelo manuscrito, los panfletos, etc., que en aquel momento de crisis de la monarquía proliferaron. Pero, paradójicamente, de este modo abrían un espacio nuevo de debate, y, con él, la idea de la posible fiscalización por parte del “público” de las acciones del gobierno (lo que minaría decisivamente las bases sobre las que se sustentaba la política del antiguo régimen). En fin, surge así la noción del “tribunal de la opinión”.

Esto marca la emergencia de lo que llamaremos el *modelo jurídico* de la “opinión pública”, es decir, el concepto de la misma como una suerte de tribunal neutral que, tras evaluar la evidencia disponible y contrastar los distintos argumentos, accede, idealmente, a la “verdad del caso”. Dicho concepto define el primero de los *lenguajes políticos* que analizaremos.

En nuestro país, aunque algo tardíamente, se afirma progresivamente a lo largo de la primera mitad del siglo pasado la idea del poder de esta entidad vaga llamada “opinión pública” en tanto que juez supremo de las acciones de gobierno. Dos hechos serían decisivos para consolidar esta noción. El primero fue la caída de Rosas, que muchos atribuyeron a la prédica de la prensa opositora en el exilio. El segundo fue la secesión de Buenos Aires en 1852, de la que el propio Urquiza responsabilizó a la acción de Mitre desde las páginas de *Los Debates*. Mitre surge entonces como el paradigma de los que Alberdi llamó “caudillejos de tinta y papel”.²⁴

Lo cierto es que ambos hechos parecieron demostrar fehacientemente que ningún gobierno podía sostenerse en contra de la “opinión pública”. A partir de entonces ya no se debatiría cuáles son los fundamentos de la importancia de la prensa, en dónde reside la fuente de su poder (algo que nadie se cuestionaría), sino las consecuencias de ello. La pregunta será: ¿si es cierto que basta un libelo (o, eventualmente, una campaña de prensa sistemática) para derribar un gobierno, cómo es posible entonces concebir un orden estable basado en la “opinión”? La emergencia de la figura del “caudillo de tinta y papel” parecía conducir a una verdadera aporía, puesto que planteaba un problema inherente al sistema republicano. Respecto de los viejos caudillos bárbaros nadie dudaba, en la elite porteña, qué debía hacerse: debían eliminarse (de hecho, según se suponía, éstos estaban históricamente destinados a desaparecer). Pero, ¿cómo limitar la prensa sin minar los fundamentos de legitimidad en que el orden

²⁴ “Las resistencias –decía Alberdi– son servidas más por la pluma que por las lanzas de los caudillos, y las capitales de nuestros desiertos contienen caudillejos de tinta y papel” (Alberdi, *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, Buenos Aires, Escuela de Educación Económica y Filosofía de la Libertad, 1979, p. 329).

liberal se sustentaba? En definitiva, lo que se ponía en cuestión era cómo concebir la posibilidad de *orden republicano* (expresión que aparecía como una suerte de oxímoron, una contradicción en los términos). La pregunta, en apariencia insoluble, sería: ¿cómo fundar un régimen de gobierno regular sobre la base de lo que es lo más transitorio y mutable por la naturaleza (las opiniones)?, en fin, ¿cómo instituir el sistema legal como un orden objetivo (es decir, colocado por encima de los antagonismos que se producen en su seno) siendo que su origen y fundamento se encuentran en la pura subjetividad, el reino de la contradicción, que es el de la “opinión”?

En el pensamiento de la época, esta pregunta se va a condensar en la cuestión de cómo constituir una “opinión pública orgánica”. Ésta se convertirá en la palabra clave para los pensadores y políticos del período. Sin embargo, cuando analizamos las fuentes vemos que no existía verdaderamente un acuerdo sobre el significado de la misma. Los debates del período girarían en torno de qué se entendía por una “opinión pública orgánica” y cómo constituirla. Y la idea de Mitre al respecto se apartaría ya del *concepto jurídico* de la misma.

III

Nuevamente debemos referir aquí a transformaciones ocurridas al nivel de las prácticas políticas que resultan del desarrollo, en Buenos Aires, de una incipiente “sociedad civil”. El surgimiento de la problemática relativa a la constitución de una “opinión pública orgánica” converge así con la afirmación, por primera vez en el Río de la Plata, de un sistema de prensa. La “era de Mitre” es la “época de oro” de la prensa política —y también del faccionalismo—. ²⁵ La prensa política emerge finalmente en esos años en Buenos Aires como el “espacio republicano” por excelencia (suerte de remedo moderno del antiguo ágora), opuesto, por definición, al ámbito de las intrigas de la política facciosa.

Acompañando este proceso es que Mitre desarrolla un determinado concepto de la acción política republicana y del lugar de la opinión pública que lo separa del *modelo jurídico* de la misma, y que llamaremos *modelo proselitista*. Dicho modelo tie-

²⁵ Ni antes ni después fue ello posible. Si bien en la época rivadaviana se esboza algo parecido, el mismo troncha este proceso. Posteriormente a 1880, la afirmación de una poderosa maquinaria electoral, el Partido Autonomista Nacional (PAN), redefine el lugar de la prensa dentro del sistema político, algo que en los años subsiguientes convergerá con una transformación que se produce en las propias prácticas periodísticas, por la que la “prensa política” irá desapareciendo para dar lugar a la “prensa de noticias”. Paula Alonso muestra, sin embargo, que este proceso sólo se afirma a fines de siglo. En la década del ochenta coexisten aún las “viejas” y las “nuevas” prácticas periodísticas (véase P. Alonso, “En la primavera de la Historia”. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, núm. 15, 1997, pp. 35-70).

ne implícita una determinada definición de los problemas hallados para la constitución de una "opinión pública orgánica": los mismos derivarían, básicamente, de la contaminación de aquel "espacio republicano" por las intrigas propias de la política facciosa, que impiden la articulación de dicho espacio como tal, desgarrándolo en una serie de opiniones particulares que no aceptan reducirse a la unidad. En definitiva, la acción de las facciones tornaría imposible la formación de un ámbito de debate racional, como el que supuestamente encarnaba la prensa.²⁶ Sin embargo, como veremos, en el mismo transcurso del desenvolvimiento de este concepto —y el año 1874 marca aquí un punto de inflexión— el propio accionar de Mitre terminaría por revelar contradicciones *que son inherentes a dicho modelo, antes que el resultado de su deficiente realización práctica*. Veamos, pues, en qué consiste tal modelo.

Hay un punto fundamental que distingue al *modelo proselitista* del *modelo jurídico* de la opinión pública. La afirmación de la prensa política dotaría a la elite porteña, en general, y a Mitre, en particular, de una nueva conciencia respecto de lo que nosotros llamaríamos la performatividad de la palabra, de que las palabras son acciones, en fin, de que un panfleto bien podía derribar un gobierno. El periodismo aparecerá así como un modo de *discutir* y al mismo tiempo de *hacer* política. Y esto infunde también una nueva conciencia respecto de la "performatividad" de la palabra en el sentido de su "creatividad": la prensa periódica no sólo buscaba *representar* a la opinión pública, sino que tenía la misión de *constituirla* como tal. Ésta es una de las ideas que aparece más tempranamente en Mitre. Ella se encuentra ya presente en la primera de sus biografías, escrita en 1845, que dedica a José Rivera Indarte (el que surge allí como la figura arquetípica del periodista político y encarnación del destino trágico que le cabe a esta figura en épocas de discordias civiles). Es en esta biografía que aparece la analogía, que se convertirá en un motivo recurrente en Mitre, de la prensa como una bandera (que es precisamente la que alegoriza la figura de Belgrano). Según señala, la bandera no tiene meramente la función de *representar* las fuerzas en pugna: ella *reúne materialmente* a los ejércitos en los campos de batalla.

El estandarte en las legiones romanas era más que el símbolo de la nacionalidad, era el vínculo que reconcentraba la falange antes del combate, la voz de mando en la punta de una pica durante la batalla, y el recuerdo del juramento en todos los momentos de la campaña.²⁷

Lo mismo ocurre con la prensa en el terreno de las batallas políticas. Ésta no representa una opinión pública preconstituída, sino que la constituye como tal con su propia prédica; ésta cumple un papel fundamental en la *definición de las identidades*

²⁶ Sobre la contradicción entre la idea republicana en tanto que espacio de debate racional, según se concebía en el siglo XIX, y la noción de un "sistema de partidos", véase E. Palti, "En torno a la idea de legado (A propósito de la ponencia de Hilda Sabato)", en Carlos Altamirano (comp.), *La Argentina en el siglo XX*. Buenos Aires, Planeta, 1999, pp. 24-36.

²⁷ B. Mitre, "De la disciplina en las repúblicas", en Adolfo Mitre, *Mitre periodista*. Buenos Aires, Institución Mitre, 1943, p. 52.

colectivas permitiendo a los sujetos identificarse como miembros de una determinada comunidad de intereses y valores.

Tenemos aquí establecidas las coordenadas básicas que definen el segundo de los *lenguajes políticos* que analizaremos, y que llamaremos el *modelo proselitista* de la “opinión pública”. Ésta deja de ser un “juez” para convertirse en una suerte de “campo de intervención”, un espacio agonal para la definición de las subjetividades políticas y sociales. El mismo viene a plantear así una cuestión en cierta forma anterior a la genealógica relativa a la formación de la nación, que es la de la de los modos de articulación del sujeto de la misma (el “pueblo”). Tales desplazamientos en el nivel de los lenguajes políticos subyacentes entiendo que permiten comprender mejor el pensamiento (y la acción) de Mitre. Y el debate entre Mitre y López es, como decíamos, particularmente ilustrativo al respecto.

IV

Como señalamos anteriormente, la oposición en Mitre y López en cuanto a conceptos históricos se funda en diferencias radicadas en el nivel de los lenguajes políticos subyacentes, cada uno de los cuales conlleva definiciones de las categorías políticas fundamentales muy distintas entre sí. A fin de tornar significativo este debate debemos, pues, trascender los marcos de las “historias de ideas” para remitir éstas a sus premisas discursivas y a las modificaciones que en las mismas se operaron acompañando las transformaciones ocurridas en las prácticas políticas. Esto supone, en fin, una referencia a la dimensión retórica de los discursos. En efecto, como nos enseña la tradición retórica clásica, es allí (en el *cómo* se dice –*lexis*–, antes que en el *qué* se dice –*logos*–) que se nos revelan las marcas lingüísticas de las condiciones pragmáticas de enunciación de los discursos. Una consideración importante al respecto es que los propios actores involucrados estaban perfectamente familiarizados con este concepto.²⁸ De hecho, la tradición retórica clásica era aún, hacia mediados del siglo pasado y hasta que la introducción del positivismo logra borrar la misma de nuestro

²⁸ En sus *Comprobaciones históricas*, Mitre exponía claramente la cuestión, esencialmente retórica (que sería retomada contemporáneamente por las teorías de los *actos de habla*), de la *posicionalidad* de los discursos. Y esto creaba un problema fundamental para la reconstrucción histórica de su sentido, puesto que el mismo no se encontraría en su letra: “Las palabras escritas o habladas, sin exceptuar las más memorables, tienen su significado y alcance, no tanto por lo que son en sí, cuanto por las circunstancias en que se pronuncian, por la predisposición de los oyentes, y hasta por las inflexiones de la voz o la anfibología de los conceptos que les dan un alcance que obra en el ánimo de los contemporáneos, y cuyos efectos se propagan en el espacio y en el tiempo cuando repercuten en el oído de la posteridad, vacías al parecer de sentido, y despojadas del prestigio que les prestara lo que cada oyente tenía dentro de sí mismo” (tomo I, p. 338).

horizonte cultural, una tradición viva, que formaba parte esencial de la currícula universitaria. Ésta proveía a los autores del período no sólo de recursos literarios y oratorios, sino además, y fundamentalmente, de modelos para pensar la política republicana (Cicerón era aquí la fuente fundamental, apareciendo mucho más frecuentemente citado que autores modernos como Montesquieu o Hamilton). En este marco, el hecho de que López plantee su argumentación en contra de Mitre en términos de géneros retóricos se torna significativo: como veremos, sus diferencias políticas se pueden definir perfectamente en dichos términos.²⁹

El argumento central de López contra Mitre consiste en que, en su tercera edición de la *Historia de Belgrano*, este último hace “filosofía” sin saberlo (como se sabe, la oposición entre ambos se planteó como una lucha entre las escuelas “filosófica” –representada por López– y “científica” –representada por Mitre–).³⁰ Como ya señalamos, según López, Mitre tomó las pautas de interpretación, el concepto filosófico que preside dicha obra, de una serie de artículos que aquél publicó entre 1872 y 1873 en la *Revista del Río de la Plata* sobre “El año XX” (y que luego serían reunidos y publicados bajo el título de *Ensayo sobre la Revolución de Mayo*). Sin embargo, cabe señalar que López no se refería aquí tanto al tan mentado capítulo 1, como a otro evento, mucho menos conocido, que aparece relatado en el capítulo 8 de la tercera edición, y que será el motivo central de disputa entre ambos: el debate producido en el cabildo el 22 de mayo entre Paso y el fiscal Villota. Para López, este debate marcó la instancia crucial en el proceso revolucionario; constituía “la parte verdaderamente capital y propiamente histórica de la Revolución de Mayo”.³¹ Allí Paso encontró la “fórmula jurídica” (la doctrina del *Negotiorum Gestor*) que abrió finalmente el curso a la revolución. Mitre sólo haría suyo este aporte original de López, que consistió, según sus palabras, en la “apreciación del género oratorio histórico” en el marco del cual tendría lugar la acción revolucionaria, y al que define como “casuístico”.³²

Dicha definición es particularmente sugestiva. El concepto implícito de “opinión pública” republicana de López es, efectivamente, “casuístico”; el mismo sigue el *modelo jurídico* (según la imagen del “tribunal de opinión”), que es el primero de los *lenguajes políticos* antes descriptos. López desarrolla este concepto en otra

²⁹ También Mitre comenzaba su *Biografía de Belgrano*, en su primera edición, con una referencia a la retórica (sagrada), y a la importancia que ésta habría tenido en infundir tempranamente un espíritu republicano en su héroe (Mitre, “Estudios históricos. Belgrano y Güemes”, en *Obras Completas*, tomo XI, p. 27).

³⁰ En un interesante estudio de esta polémica aparecido recientemente, Alejandro Eujanián muestra que, así planteada, la misma resulta trivial (Eujanián, “Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882”, *Entrepassados*, vol. VIII, núm. 16, 1999, pp. 9-24).

³¹ Vicente F. López, *Debate histórico*, Buenos Aires, La Facultad, 1916, tomo I, p. 96.

³² *Ibidem*, p. 100. Al omitir este evento, dice López, Mitre “no dio al lector una idea, en fin, del fondo filosófico de aquel cuadro en que la acción de los hombres y la acción de las ideas estaban tan vinculadas” (*ibidem*, p. 101).

serie de artículos que también publica en la *Revista del Río de la Plata* durante los mismos años en que aparecieron sus trabajos históricos a los que aquí refiere.³³ Pronto, sin embargo, López comenzaría él también a cuestionar este *concepto jurídico*, aunque en un sentido muy distinto al de Mitre; pero analizar los cambios producidos en su pensamiento político escapa al objeto específico de este trabajo.³⁴ Veamos, en cambio, cuál era la idea de Mitre y cómo responde a esta acusación de López.

Como indicamos anteriormente, las diferencias políticas entre Mitre y López bien pueden definirse en términos de géneros retóricos. Lo que llamamos el *modelo proselitista* de la acción política acerca a Mitre a otro de los géneros retóricos definidos por Aristóteles: el *epideíctico* o *laudatorio*. Este género (que es el que se utiliza típicamente en los discursos fúnebres) se diferencia del *jurídico* o *forense* en que el mismo no busca que la audiencia emita un juicio, sino sólo exaltar las virtudes (o, eventualmente, criticar las falencias) de una persona. Esto llevó al descrédito de dicho género, al que se lo identificó (puesto que no tenía el sentido de fijar una “verdad”) como una mera forma exacerbada de “vana ostentación” de artilugios retóricos (en la relación que establece Aristóteles entre géneros retóricos y temporalidades, el género *forense* se define como orientado hacia el pasado —la determinación de un hecho ocurrido—, mientras que el *epideíctico* se condensa en su dimensión presente, en la propia acción oratoria —su performatividad—).

En efecto, dicho género tendía a situar a la audiencia en una posición contemplativa (no se le pedía que realizara un juicio crítico), lo que involucraba la apelación a factores emotivos, antes que a la argumentación racional (convirtiéndose así en un género “sospechoso”). Sin embargo, estudios más recientes destacan dos funciones fundamentales que le cabían a este tipo de discursos en el mundo antiguo. Éstas son, en definitiva, las que nos permiten relacionar dicho género con el concepto político de Mitre, al que llamamos el “modelo proselitista”.

En primer lugar, el género *epideíctico* hacía manifiesto el carácter ritual de las disputas retóricas, que permite convertir los enfrentamientos físicos en contiendas

³³ “El poder —decía López— se gana o se pierde ante el tribunal soberano de la opinión pública. Este es en todos los casos el juez definitivo que sentencia: se instruye, aprende: ella misma delibera. La prensa tiene una importancia viva en este supremo debate de la palabra parlamentaria cuyo premio es el poder de gobernar” (López, “De la naturaleza y del mecanismo del Poder Ejecutivo en los pueblos libres”, *Revista del Río de la Plata*, vol. IV, 1872, p. 528). En su polémica con Mitre, López trasladaba este concepto al plano historiográfico a fin de relativizar la validez de los documentos escritos (cabe recordar que en el derecho antiguo las fuentes escritas no tenían demasiado valor como prueba, puesto que se las suponía muchas veces fraguadas y siempre interesadas; lo que se privilegiaba, en cambio, era la argumentación racional). “No hay abogado ni curial, ni hombre medianamente educado —decía López— que no sepa que la historia de su pleito necesita ser apoyada en documentos. Pero es que saben mucho más que eso también: que esa prueba de los documentos se puede suplir, y aun combatir con éxito; porque lo ESENCIAL para la justicia es la *verdad de los hechos*, y no la letra material de los documentos” (López, *Debate histórico*, Buenos Aires, La Facultad, 1916, tomo II, p. 221).

³⁴ Véase Elías Palti. *El pasado en disputa* (en preparación).

verbales.³⁵ Efectivamente, la política republicana se le aparece a Mitre, como las disputas retóricas en la tradición clásica, como una forma ritualizada de guerra, una suerte de sublimación del antagonismo.³⁶ Las palabras con que inaugura su nueva empresa periodística en 1871, el diario *La Nación* (que viene a reemplazar a *La Nación Argentina*), condensan este concepto: “*La Nación Argentina* –decía– era un puesto de combate. *La Nación* será tribuna de doctrina [...] *La Nación Argentina* era una bandera, un programa, y un arma de combate que respondían á una necesidad palpitante. Hoy el combate ha terminado [...] La discusión por la prensa cambia pues de teatro y de medios”.³⁷

Y aquí encontramos el primer problema que plantea el modelo proselitista de la acción política que lo conduce a su crisis en 1874. Entonces, con su levantamiento en nombre de los derechos burlados de la “opinión pública” (que divide al país por la mitad), éste haría manifiesto el punto ciego en dicho modelo. No se trataría ya simplemente de su imperfecta realización práctica, esto es, de la contaminación de dicho “espacio republicano” por parte de la “política faccionalista”, como Mitre denuncia entonces.³⁸ Lo que su acción revela es que el concepto mismo tendía a hacer porosa e inestable la frontera entre la política y la guerra (lo que le permitiría a Mitre oscilar entre uno y otro dominio sin generarle demasiadas contradicciones).

³⁵ Véase Michael Carter, “The Ritual Functions of Epideictic Rhetoric. The Case of Socrates’ Funeral Oration”, en: *Rhetorica*, vol. IX, núm. 3, 1991, pp. 209-232.

³⁶ Véase H. Sabato, *La política en las calles...*, ob. cit. Cabe señalar que esta idea se desarrolla tempranamente en su pensamiento, puesto que aparece ya en 1845 en su biografía de Rivera Indarte ya mencionada (un ejemplo claro, por otra parte, de discurso epideictico) con relación a la siempre problemática transición de la guerra a la política.

³⁷ Mitre, “Nuevos horizontes”, *La Nación*, 4 de enero de 1870, año I, núm. 1, p. 1.

³⁸ “Cesen de funcionar por ahora las opiniones de detalle –decía– hágase por un momento en aras del bien de todos, el sacrificio de detener el libre curso del raciocinio, condénsense todas las fuerzas populares, y uniformada y disciplinada, opóngase la opinión del país en masa contra la política invasora que viene hollando el campo de sus derechos” (“El deber de la lealtad y el programa del patriotismo”, *La Nación*, 12 de julio de 1874, vol. I.324, p. 1). En definitiva, para él, la controversia pública no comprende, ni puede comprender, los principios básicos que son precisamente aquellos en los que la “opinión” se funda. Éstos remiten al plano moral, que es, para él, el de la política propiamente dicha, esto es, la política revolucionaria. Esto resulta de la crisis del concepto jurídico de la “opinión pública” fundada en la idea de que se pueda siempre, por medio de la deliberación, acceder a la “verdad de las cosas”. La quiebra de la idea de “verdad” obliga, en consecuencia, a la transacción; pero ésta no alcanza el plano de los principios y las máximas constitucionales. Como dice Mitre: “La opinion es un acto del entendimiento que admite controversia. Ella está mas inmediata que todo otro acto del espíritu, á la acción de la ley de la falibilidad humana. No se tiene conciencia, en la contradiccion, de que lado esta la razon. Por esto es que es lícito adoptar un término medio ó sea la fusion de dos opiniones contrarias. Pero los hechos que se han consumado y cuyas terribles consecuencias sufre hoy el pueblo, no están subordinados á la ley de las apreciaciones. No se emite opinión sobre la violacion de la ley moral. No son apreciaciones sobre su criminalidad que se hacen. No: es una convicción profunda que se tiene de ello, son juicios, verdades incontrovertibles, que sugiere á su vez la verdad de evidencia cuya forma han asumido ante todo el pueblo la falsificacion del voto, el empleo ilegal de la fuerza, el desconocimiento de la Constitution, de las leyes y de las garantias del ciudadano” (“El deber de la lealtad...”, ob. cit.).

En efecto, la idea de la constitución de una “opinión pública orgánica” suponía el principio (hoy también normalmente aceptado) de respeto a la libertad de expresión y al derecho a la crítica de las acciones del gobierno, siempre que no se pase a la vía de hechos. Sin embargo, el énfasis en la dimensión performativa de lenguaje venía precisamente a quebrar esta distinción: ¿cómo distinguir el ejercicio del derecho legítimo a la libertad de expresión de una acción revolucionaria cuando, como sabemos, un panfleto bien podía derribar a un gobierno, es decir, era un *hecho* político?

Y aquí volvemos a nuestra pregunta original: ¿cómo fundar un orden estable sobre la base de la opinión? La revolución de 1874 muestra que el “modelo mitrista” no tenía una respuesta al mismo. O, algo aún peor, que sí la tenía: que no hay modo de hacerlo; que el antagonismo es ineliminable de la acción política y constituye su fundamento permanente.³⁹ Y esto nos lleva a la segunda función propia del género epideéctico.

V

Los discursos epideécticos cumplían un papel crucial en la identificación y transmisión de los valores –*nomos*– que, supuestamente, constituían a una comunidad dada. En los discursos fúnebres (cuya forma más condensada se encuentra en los epitafios), los individuos se convierten en tipos que encarnan valores que la comunidad dada aprecia como tales.⁴⁰ Ésta puede verse a sí misma reflejada en ellos e identificarse

³⁹ En las páginas de *La Nación*, Mitre hacía explícita, en 1874, su defensa del derecho de insurrección en tanto que fundamento último de la libertad civil. Frente a los órganos de Avellaneda que “niegan que en ningún caso el pueblo tenga que armarse contra los ciudadanos constituidos en poder público”, Mitre replicaba: “¡Esto sí que es una blasfemia! Es la condenación de la causa de la libertad contra Rosas; es la condenación del 11 de Setiembre; es la condenación de Pavón; y es la proclamación de la fuerza bruta como origen de todo gobierno. Según esto, si el Presidente señor Sarmiento cree conveniente prorrogarse su mandato constitucional ó impedir la elección de su reemplazante, dándose un sucesor por un decreto suyo, el pueblo tendría que someterse... Tal es el absurdo á que nos llevaría tan extravagante doctrina” (“Los aliados del porvenir”, *La Nación*, 12 de julio de 1874, núm. 1.324, p. 1). Para López, en cambio, “no hay *democracia* sin constitución ni orden jurídico; la anarquía y las sediciones no son democracia, sino anarquía y sediciones” (López, *Debate histórico*, ob. cit., tomo III, p. 116).

⁴⁰ En el plan de trabajo que Mitre formula en su “Introducción” a la *Galería de Celebridades Argentinas*, la primera empresa historiográfica colectiva argentina, se observa claramente el molde epideéctico que subyace a su concepto historiográfico. Para él, la historia nacional debía ser, básicamente, una colección de discursos fúnebres en los que se destacarían los valores nacionales, encarnados, cada uno, en una de las figuras patrias. Las palabras con que abre esta “Introducción” son elocuentes: “La historia argentina ha sido fecunda en hombres notables. Si existiese un Plutarco, encontraría en ella todos los elementos necesarios para escribir un libro de Varones ilustres, vaciados en el molde de los héroes y los sabios de la antigüedad”, Mitre, “Biografía del General Belgrano”, *Obras completas*, tomo XI, p. 19; y luego sigue la lista de los héroes nacionales y de los *tipos morales* que cada uno encarnaría.

entonces como tal. De allí la función constitutiva de sentidos de comunidad de los discursos fúnebres. El orador fúnebre no se dirige, pues, a una audiencia preconstituida, sino que, de algún modo, él mismo la forma como tal en la propia acción oratoria (lo que lleva a Aristóteles a destacar su dimensión *presente* como la definitoria de este género).⁴¹ Esta consideración permite comprender mejor el tenor de la respuesta de Mitre a la “acusación” de López. Veamos, pues, la misma.

En su respuesta a López sobre el problema relativo al marco retórico de la revolución Mitre arguye que aquél, en realidad, confunde su *fórmula jurídica* con su *fórmula política*, que es previa a lo jurídico.

*La forma de la revolución de Mayo fue, pues, rigurosamente legal, y su fórmula jurídica, por lo que respecta a sus preliminares, a su teatro de operaciones y a sus medios de acción, fue la del derecho municipal [...] Pero la revolución era en sus tendencias esencialmente POLÍTICA: su fórmula política (no jurídica), fue la que se puso a discusión en la asamblea popular, y la que con la sanción del voto de la mayoría se hizo ley, que se impuso y se convirtió en autoridad y fuerza gubernamental [...] Ésta es la noción fundamental que se ha ocultado a la clara penetración del señor López, y lo ha llevado a desconocer la fórmula política —que en cierto modo niega—, confundiéndola con la jurídica.*⁴²

Más importante que el discurso de Paso, dice, es el previo de Castelli en el que postula el principio de que “La España ha caducado”, lo que trasladaba la discusión del plano jurídico al *político*. Para Mitre, el problema en debate en el cabildo era “el de la soberanía y el pueblo”,⁴³ no el principio de la soberanía popular (al que Villota no cuestiona), sino cómo identificar al sujeto de la voluntad. Mitre coincide, pues, en que la jornada del 22 de Mayo marcó aquella instancia crucial de la que, en definitiva, nace nuestra nacionalidad. Con su estrategia polémica, el fiscal Villota había, efectivamente, derrumbado los argumentos patriotas, llevando toda la situación a un punto muerto. En su respuesta a Castelli, el fiscal admitía el principio de soberanía popular, para plantear, en cambio, la cuestión de a qué “pueblo” se refería dicho principio (¿a todos los súbditos del monarca?, ¿a los habitantes del Virreinato?, ¿o sólo al pueblo de Buenos Aires?). Y el discurso de Paso no resolvía el punto. Éste, para Mitre, era, en el fondo, indecible; lo que llevaba a trasladar toda la cuestión al ámbito de la política y de la acción revolucionaria (que es siempre, dice, contraria a derecho).

⁴¹ Véase Walter Beale, “Rhetorical Performative Discourse: A New Theory of Epideictic”, *Philosophy and Rhetoric*, vol. 11, 1978, p. 225.

⁴² Mitre, *Comprobaciones históricas*, ob. cit., tomo II, pp. 169-170.

⁴³ “Esta doble fórmula, que comprende en sus dos términos la sustitución del antiguo régimen y la inauguración de la vida nueva con su razón de ser, se refunde en dos palabras: PUEBLO Y SOBERANÍA”, Mitre, *Comprobaciones históricas*, ob. cit., tomo II, p. 187.

Pero esta confrontación prueba algo más, y es que el discurso del doctor Paso no fue *jurídico* sino *político*. El accidente que, según el señor López, le imprimirá aquel carácter, no fue sino un mero argumento subsidiario, un recurso oratorio, que no constituye su fondo, ni del cual se deduzca ninguna consecuencia jurídica; por el contrario, sus premisas y conclusiones son: que la cosa se debía hacer, que era necesaria, y que se haría de todos modos con doctrina jurídica o con teoría política, o sin ellas; fue más que político, acentuadamente revolucionario, lo que es contrario de jurídico, o sea arreglado a estricto derecho.⁴⁴ [...]

Esta fue la teoría que desarrolló Castelli con fogosa elocuencia en la tribuna Municipal del cabildo del año X en presencia del caso ocurrente: y fundándola en el derecho positivo, tuvo también en esta parte del discurso su faz jurídica, como el de Passo, bien que de una manera accesoria como éste. El punto en discusión era la soberanía, y si hay en el mundo algo que pueda calificarse de principio político, es éste, como que de él fluyen todas las consecuencias y aplicaciones.⁴⁵

Encontramos aquí la raíz de las diferencias políticas entre Mitre y López. El *modelo jurídico* de la opinión pública supone ya un pueblo preconstituido. Basado en el *modelo proselitista* de la misma como campo de intervención y espacio agonal para la definición de las identidades colectivas, la política indica, en cambio, para Mitre, esa instancia fundacional por la que un pueblo se constituye como tal, esto es, la articulación histórica de los valores y normas que identifican a una comunidad. Este carácter creativo de sentido es lo que define una acción propiamente histórica.⁴⁶ En definitiva, lo que Mitre le critica a López es que con su *reducción jurídica* de la *política* priva de sentido a la acción de los actores, y, con ello, vacía a la gesta de Mayo de todo contenido dramático.

Tal ha sucedido al señor López en su composición histórica: ha suprimido en ella el papel del protagonista, y así nos la presenta desprovista de su antecedente necesario y de su explicación indispensable. En efecto, el señor López, en su *Historia de la Revolución Argentina*, nos ha hablado de todo largamente [...] y de lo único que se ha olvidado es... de hablarnos de la revolución del 25 de Mayo!

Mayo es el punto de partida histórico de la revolución y de la razón de ella; lo que le da significado, la explica y le imprime su sello característico, desde su primera manifestación democrática hasta sus últimos estremecimientos en medio de las convulsiones de la guerra civil.⁴⁷

⁴⁴ Mitre, *Comprobaciones históricas*, ob. cit., tomo II, p. 180.

⁴⁵ *Ibidem*, tomo II, p. 189.

⁴⁶ Esto lo llevó a una polémica con Sarmiento respecto del valor de la poesía. Frente al sanjuanino, que en *Viajes* condena la poesía como una suerte de ejercicio ocioso, Mitre reivindicaría a ésta remitiendo el término a su acepción originaria: *poiesis*, el que define como la instancia creativa del lenguaje anterior a su cristalización conceptual. La "política" a la que Mitre intenta rescatar de su reducción jurídica por parte de López era esencialmente eso: *poiesis* (creativa de identidades y proveedora de sentidos de comunidad).

⁴⁷ Mitre, *Comprobaciones históricas*, ob. cit., tomo II, p. 184.

El evento revolucionario marca, en fin, para Mitre, un momento fundacional. Se trata de un hecho autocontenido; señala un punto de ruptura y un origen que nos separa del despotismo colonial. Y aquí encontramos el segundo problema presente en el *modelo proselitista* de la opinión pública que lo llevaría a su crisis en 1874. Si, como vimos en el punto anterior, para Mitre la frontera entre la guerra y la política era lábil, ello era así no sólo porque tenía un concepto bélico de la política, sino, fundamentalmente, *porque tenía además un concepto eminentemente político de la guerra*. Ambas, la guerra y la política, constituían, para él, los modos básicos por los que se define, redefine o funda un sentido dado de comunidad.

Es aquí que emerge la figura paradigmática de Belgrano. En esto Mitre retoma una idea de José M. Paz, quien en sus *Memorias* aseguraba que Belgrano había sido superior a San Martín, porque San Martín formó soldados, pero Belgrano formó *ciudadanos*.⁴⁸ En definitiva, Mitre piensa que no fueron meramente sus aciertos militares sino, sobre todo, los políticos los que determinaron la constitución de la “nueva entidad” llamada *pueblo argentino* (la que no existiría antes de Mayo). En su paso por el interior, el ejército del Norte sembró la semilla de la libertad, constituyendo así una comunidad nacional en torno de valores y principios compartidos.⁴⁹ La suya fue una “propaganda militar” (“la propaganda militar de la revolución –decía– no se emprendió revolucionaria sino militarmente”);⁵⁰ su campaña constituyó, en fin, la forja en que se habría de fundir esa “nueva entidad”. De allí que (como señaló en su polémica anterior con Vélez Sarsfield) las fronteras nacionales luego se demarcaran siguiendo la línea más allá de la cual su acción proselitista no pudo penetrar.⁵¹

⁴⁸ José María Paz, *Memorias póstumas*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, ob. cit., tomo I, p. 191.

⁴⁹ “Sus progresos en la opinión de los pueblos fueron lentos, pero seguros. Su vasta correspondencia da una idea de sus trabajos en este sentido. A todos escribía de su puño y letra, y en sus cartas, por lo general cortas, aunque no precisas, nunca descuidaba intercalar una línea sobre los deberes del patriotismo, difundiendo así por el medio más eficaz, las ideas y los sentimientos que quería inocular en los pueblos” (Mitre, “Biografía del General Belgrano”, *Obras completas*, vol. XI, p. 251).

⁵⁰ *Ibidem*, vol. XI, p. 329.

⁵¹ Paraguay sería un caso particular, puesto que su campaña, aunque derrotada, bastó para “inocular” los principios revolucionarios. Así, aunque derrotado militarmente, había, sin embargo, triunfado en el plano moral. “Sabedor Velasco de todo lo que pasaba en el campamento paraguayo, se apresuró a presentarse en él para contener con su presencia los progresos de la revolución, neutralizando la influencia poderosa de Belgrano. Pero ya era tarde; las ideas revolucionarias se habían identificado con los hombres, y Belgrano, el rechazado de Paraguay, el capitulado de Tacuary, tenía en el Paraguay más poder que su gobernador, y podía decir con propiedad: ‘Venció, vencida Roma’” (Mitre, “Biografía del General Belgrano”, ob. cit., tomo XI, p. 181).

VI

En definitiva, la revolución de 1874 sólo hace manifiesto el hecho de que el concepto y la práctica mitrista de la política resultaban incompatibles con las exigencias de un orden institucional regular. Ésta, un levantamiento de “nuevo tipo”, parecía inaugurar una forma inédita de conflictividad, distinta a la de las ya extintas montoneras, y que no podría enmarcarse dentro de los parámetros del antagonismo entre “civilización” y “barbarie”, de los que los anteriores alzamientos que Mitre había protagonizado (Caseros y el 11 de septiembre) tomaban su justificación. La postura de Mitre se tornará entonces el blanco de críticas provenientes desde los más diversos puntos del espectro ideológico, lo que desencadena el proceso de revisión de sus certidumbres fundamentales del que nace su nuevo concepto histórico (y del que el prólogo a *la Historia de San Martín*, escrito en la cárcel de Luján, da testimonio).⁵²

En efecto, como vimos, el *modelo proselitista* de la “opinión pública” y el *concepto genealógico* de la nacionalidad eran mutuamente contradictorios. En el primero la nación aparece como el resultado contingente de una determinada serie de acontecimientos y de acciones; en el segundo, en cambio, ella misma no es algo que pueda explicarse históricamente, sino el principio que explica y da el sentido de todo acontecimiento propiamente histórico. De allí que sólo la crisis del primero, desencadenada por la revolución de 1874, abriría a Mitre la posibilidad de concebir una historia nacional tramada genealógicamente. Esto, en fin, le permite elaborar su famoso capítulo inicial en que define las determinantes sociales y naturales que presidirían toda nuestra evolución nacional. Pero lo cierto es que con ello Mitre caía precisamente en aquello que le criticaba a López, esto es, privar de sentido a la acción de los protagonistas y vaciar de contenido dramático a la gesta de Mayo: nada de lo que Belgrano hizo o dejó de hacer habría, en dicho caso, alterado los modos de conformación y los alcances de nuestra nacionalidad. El punto aquí es que la versión definitiva de la *Historia de Belgrano* guarda aún las huellas de este controvertido proceso de elaboración. Ésta se encuentra cruzada por una tensión esencial que no alcanza a resolverse en esta obra, superponiéndose en su texto dos diseños incompatibles entre sí. Y es esto, precisamente, lo que hace a la misma particularmente reveladora de las contradicciones de su tiempo; contradicciones frente a las cuales,

⁵² En el mismo redefine su proyecto historiográfico en los siguientes términos: “El argumento de ambos libros (*la Historia de Belgrano* y *la Historia de San Martín*) es la independencia americana y su síntesis la libertad. Uno y otro están animados por la pasión de la nacionalidad argentina, y los dos encierran una misma lección que es ésta: que si no debe trepidarse en descender al campo de la acción en defensa de un principio fundamental que sólo puede reivindicarse por ese medio, es sólo a condición de restablecer su imperio absoluto después de la lucha o volver al terreno del derecho vencidos y vencedores; porque sólo las victorias benéficas para todos son legítimas y fecundas, y porque fuera de las condiciones normales de derecho común y de las garantías recíprocas todo es de hecho y todo es fuerza” (Mitre, “Introducción a la vida del general San Martín”, en *Obras completas*, tomo XII, p. 536).

en contra de lo que afirman aquellas interpretaciones de la misma demasiado ceñidas a la letra del capítulo inicial, Mitre no permaneció en absoluto ajeno.

De todos modos, como decíamos anteriormente, esta presencia en su texto final de dos diseños contrapuestos revela algo más que las vicisitudes de su proceso de elaboración. En última instancia, la revolución de 1874 tuvo efectos contradictorios en la reformulación de su concepto histórico. Si, por un lado, sirvió para socavar los supuestos fundamentales sobre los que su *modelo proselitista* de la acción política se sostenía, abriendo así las puertas a la formulación de un concepto genealógico de la nacionalidad, por otro lado, el evento revolucionario venía, en realidad, a reactivar precisamente aquella instancia —el fondo de contingencia de todo desarrollo propiamente histórico— que toda narrativa genealógica debe obliterar a fin de articularse. Más decisivo aún es el hecho de que Mitre emerja derrotado de dicho trance. Esto, si, por un lado, forzó en él un proceso de redefiniciones políticas, por el otro, lo condenó a una posición marginal dentro del nuevo consenso que se impone. La cristalización de una narrativa genealógica coherente de la nacionalidad argentina, de una visión lineal y evolutiva de nuestro transcurso histórico, suponía una perspectiva aporosa de la realidad que a Mitre nunca le sería dada. En definitiva, si éste no logra rearticular retrospectivamente su relato borrando los vestigios de un diseño original que, como pronto descubre, resultaba incompatible con su proyecto genealógico,⁵³ es porque tampoco entonces lograría alinearse plenamente con el régimen que se impone por esos años y avenirse a las demandas de orden que la afirmación del Estado roquista impondría a la elite gobernante. Algunas de las tensiones que resultan de su marginalidad creciente dentro del sistema político dominado por el Partido Autonomista Nacional (PAN) pueden incluso hallarse en la otra de las grandes obras historiográficas de Mitre, escrita, ésta sí, toda-de-una-pieza. Analizar esto, sin embargo, escapa al alcance de este trabajo.

Queda de todos modos pendiente una pregunta que sí es mucho más relevante al argumento que aquí se intenta fundamentar. El interrogante que surge inmediatamente de lo expuesto es por qué, a pesar de lo dicho, es Mitre quien acierta a plasmar, aun con sus contradicciones, una narrativa genealógica de la nacionalidad (tal como aparece en el capítulo 1 de la versión de 1876), y no López. A fin de responder a esta pregunta deberíamos detenernos a analizar el concepto político e histórico de López, lo que nos permitiría, a su vez, comprender mejor la naturaleza de sus diferencias respecto del de Mitre. Dicho contraste esclarecería, en fin, aspectos fundamentales de los *lenguajes políticos* respectivos que les subyacen, y, en particular, las diferentes ideas de “organismo” y “evolución” (y, por extensión, de “organismo

⁵³ En una carta a Diego Barros Arana fechada el 10 de octubre de 1875 y aparecida en la *Revista chilena*, Mitre anuncia la serie de modificaciones que llevaron a alterar su plan original. Al señalarle López el hecho, Mitre admite que dicho plan, al igual que como le ocurrió al mismo López, se vio posteriormente rebasado. Según asegura, “en la estrechez de su primitivo molde, como en la del nuestro, no le cabía toda la historia”, Mitre, *Comprobaciones históricas*, ob. cit., tomo II, p. 47.

nacional”) sobre los cuales las narrativas históricas de López y Mitre se sostienen respectivamente. Éste es, en síntesis, el tema para una futura elaboración. El punto que importa señalar aquí es que dicho interrogante sólo se nos plantea desde el momento en que desestabilizamos esa imagen compacta del pensamiento histórico de Mitre que domina hoy en la historiografía de ideas, y según la cual no se descubre en el mismo ningún problema que exija una explicación o análisis. El objetivo de este trabajo está cumplido, pues, si logramos restituir al menos parte de la complejidad de esta figura (según entiendo, muy pobremente comprendida hasta hoy), y así vislumbrar algunos de los sentidos posibles que asumieron, en la perspectiva de los actores, aquellas controversias que atravesaron este período sumamente conflictivo y problemático (y también interesante) de nuestra historia política, y que contaron en Mitre no sólo con uno de sus protagonistas y testigos fundamentales, sino también con un observador particularmente lúcido, aun cuando, las más de las veces, deba pagar tributo por eso, lográndolo sólo al precio de su propia perplejidad.